

Nulla dies sine linea. Longtemps j'ai pris ma plume pour une épée, à présent je connais notre impuissance. N'importe : je fais, je ferai des livres ; il en faut ; cela sert tout de même. La culture ne sauve rien ni personne, elle ne justifie pas. Mais c'est un produit de l'homme : il s'y projette, s'y reconnaît ; seul, ce miroir critique lui offre son image.¹

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 2
2013/2
ISSN 2255-2022

El espejo en el cual el pensador y escritor Jean-Paul Sartre se refleja acaba mostrando la impotencia creativa de un alma tempranamente literaria; entidad que no cesa de autocrearse, un ser que comienza a concebirse a través de esas “pesadas piedras” (*Les mots*, p. 35), la eternidad propia de los libros. El libro le habla, le cuenta ficciones, muchas de ellas paradójicas, intentando así encontrar el insondable abismo de un ser perdido. Es pues frente a este espejo que debemos preguntarnos por esos demonios interiores que el escritor suelta a través de la tinta de su pluma. Y es justamente por la voz y el recuerdo que los demonios despiertan y fluyen a través de las palabras.

La tarea de John Gerassi (Paris, 1931), periodista y amigo íntimo de Sartre, es pues la de despertarlos, animarlos y hacerlos fluir a través de una entrevista intrigante, interesante y testimonio de una época. En estas *Conversaciones con Sartre* nos ofrece la editorial Sextopiso un prefacio donde el propio Gerassi nos detalla las relaciones de sus padres, el pintor español Fernando Gerassi, íntimo amigo también del filósofo francés, al cual le dedicaría su personaje Gómez en *Les chemins de la liberté*, y por supuesto, de su madre, Stéphanie, también amiga de la pareja e íntima compañera de estudios de Simone de Beauvoir. La relación de Gerassi con Sartre resulta complicada, en ocasiones en condición de confidentes y, en otras tantas ocasiones, con determinadas diferencias ideológicas. Las entrevistas en papel nacen así de las numerosas transcripciones de todos los casetes que Gerassi empleó durante años y en los que se transluce un Sartre amigo, mucho más humano que en algunas de sus obras más celebradas.

JOHN GERASSI, *Conversaciones con Sartre*, traducción de Palmira Feixas, Sextopiso, Madrid, 2012, pp. 506. ISBN 978-84-96867-95-6. (*Talking with Sartre. Conversations and Debates*, 2009).



Palabras clave:
Sartre
conversaciones
literatura



Comienzan así las entrevistas en noviembre de 1970, donde Gerassi se interesa esencialmente por la infancia del joven Sartre, apodado Poulou por su propia familia. El concepto de ficción y de novela toma forma a medida que Sartre expone como él mismo concibe la literatura, a saber, como un organismo comprometido con el ser humano y, sobre todo, con la sociedad que rodea al individuo. El arte de escribir sartreano es pues un arte literario libre y comprometido. Es pues un anciano Sartre el que cuenta los recuerdos de su infancia y cómo ésta condicionó sus posteriores posiciones políticas, literarias y filosóficas. A pesar de ello, y debe ser mencionado, el propio Gerassi enlaza todas las posibles temáticas de discusión con el Sartre más político; y, muy a pesar de que la posición política sartreana y la influencia de toda política en su obra sea innegable y sumamente interesante, el lector se queda ansioso -y algo decepcionado ante la carencia- por conocer mucho más aspectos de su obra literaria y filosófica, incluso de su obra dramaturgica (*Les mouches, Huis Clos, Le Diable et le bon Dieu, Nekrassov, etc*). Gerassi enlaza también estas conversaciones teóricas intensas y socio-políticamente tan profundas con amplios recuerdos familiares y amistosos con el propio Sartre, dando a conocer la personalidad divertida, irónica, con un humor muy ácido y sarcástico de un individuo cuya figura desprendía a priori una cierta prepotencia y esnobismo típicamente parisino...las propias de un “empresario de ideas”, como algunos gustaban de calificarlo.

1 “Largo tiempo he sostenido mi pluma como una espada, en el presente yo mismo conozco nuestra impotencia. Escribo, escribiré libros; es lo que hace falta, eso es todo. La cultura no salva a nada ni a nadie, ella misma no se justifica. Es un producto del individuo: en él se proyecta, se reconoce; solo este espejo crítico le devuelve su imagen” (JEAN-PAUL SARTRE, *Les mots*, Paris, Gallimard, 2008, p. 205). La traducción es nuestra.

2 *Conversaciones con Sartre*, p. 41.

G.: Entonces, como escribió usted, si los libros no mueren, ¿leer es ser optimista?

S.: Exactamente.

G.: Así que, como usted escribe libros, no morirá.

S.: Eso es.²

Toda conciencia de la soledad desaparece ante la eterna conciencia del escritor y la perennidad de su obra. Es este el Sartre más humano, aquel que ve en los libros, en sus propias obras, las fragmentadas partes de uno mismo, el yo desunificado y que abandona la búsqueda de la ver-

dad. El libro simboliza la vida, la existencia, las desgastadas páginas muestran las profundas heridas de un ser que se descompone ante un futuro incierto. “Soy lo que soy y escribo” (*Conversaciones con Sartre*, p. 63). En Sartre, como bien se acaba mostrando en *Les mots*, se metamorfosean tres personalidades básicas: *l'Héros* (el héroe), *le Saint* (el santo) y *l'Écrivain* (el escritor). El joven Sartre se debatió durante toda su infancia entre el héroe, el cual se imaginaba a través de todas las novelas épicas que leía en su juventud y que tanto marcarán, como confiesa a Gerassi, su trayectoria personal y su madurez. La figura del santo descristianizado que debe hacer más esfuerzos para ganar un tipo de fe que para perderla; Sartre deviene así un mártir dentro de su propia vida. El héroe se ve al mismo tiempo entremezclado con el santo hasta que, años más tarde, a través de su compromiso político y toda su formación teórico-práctica, aparecerá el *escritor*. Sartre intenta pues de este modo, a través de su vasta producción crítica y literaria, los problemas inmediatos de su tiempo, e incluso ha sido capaz de ofrecer una perspectiva concreta del tipo del intelectual y, a fin de cuentas, otorga al individuo la posibilidad de convertirse en crítica de sí mismo.

El “encanto sartreano” del que habla Gerassi comienza a difuminarse a partir de los años 70 hasta la muerte del escritor; a pesar de ello, Sartre deja tras de sí un inmenso cúmulo de bibliografía e investigación acerca de su figura, de su “psicoanálisis existencial”, su posición política, junto con su fructífera ficción y obra dramaturgica. “Todos somos hijos del espíritu de Sartre” (*Conversaciones con Sartre*, p.447). Como indica Garessi en ese epílogo -casi un epitafio a la memoria del pensador-, la figura de Sartre perdura como un *enigma* inclasificable. Pero Sartre, además de ser un enigma, es su propio problema antropológico. Sartre siempre acaba cuestionando a Sartre.

La cuestión acerca de ese honorado “canon” universitario se abre de nuevo ante el desolado panorama -y presunto *programa*- académico, donde se pierden constante-

“Toda conciencia de la soledad desaparece ante la eterna conciencia del escritor y la perennidad de su obra.”

mente en el olvido fragmentos relevantes de la historia de la filosofía contemporánea ante el dogmatismo de la tradición. “Si se escribe, es porque se quiere cambiar el mundo, y cambiarse a sí mismo. Escribir es un acto. Es un compromiso” (*Conversaciones con Sartre*, p. 451). El yo fragmentado surge a través de la obra de toda una vida, un adiós jamás puede ser concedido a alguien que deja tras de sí la estela de la reivindicación, del quehacer de la filosofía en un mundo inundado de “sangre y fuego”, aquel joven Poulou que desde su más pronta infancia se encontró siempre entre “Spinoza y Stendhal”.

Cuando el cadáver de Sartre fue trasladado al cementerio de Montparnasse, doscientas cincuenta mil personas siguieron el cortejo, y cincuenta mil estudiantes mantuvieron la cabeza alta “como él habría querido”, en palabras de un estudiante que estaba a mi lado. “No estamos en duelo; estamos admirados”. Simone de Beauvoir estuvo a punto de desmayarse junto a la tumba. Cuando murió seis años más tarde, casi el mismo día del año, fue enterrada junto a Sartre. Desde entonces, cada día la gente lleva flores o pequeños objetos a su tumba. En julio de 2006, fotografié un billete de metro usado en el que alguien había garabateado: “On gagera la prochaine fois” [La próxima vez ganaremos].³

Sergio García Guillem